



Nova Tellus

ISSN: 0185-3058

novatelu@servidor.unam.mx

Centro de Estudios Clásicos

México

QUIÑONES MELGOZA, José

Reminiscencias de temas y autores clásicos grecolatinos en la "Novela del curioso impertinente" (El Quijote, I, 33-35)

Nova Tellus, vol. 25, núm. 1, 2007, pp. 263-282

Centro de Estudios Clásicos

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59120922008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Reminiscencias de temas y autores clásicos grecolatinos en la “Novela del curioso impertinente” (*El Quijote*, I, 33-35)

JOSÉ QUIÑONES MELGOZA

Universidad Nacional Autónoma de México
jmelgoza@yahoo.com.mx

RESUMEN: El artículo, además de mostrar breves referencias de Cervantes a personajes grecolatinos, como Penélope, Porcia y Lucrecia, desarrolla tres temas: I) Fuentes clásicas a que recurre el novelista para establecer el concepto de amistad que maneja; II) Pasajes que recuerdan el entorno narrativo en que se gesta la violación de Lucrecia, cuya figura y belleza Cervantes recrea en su personaje Camila, y III) El tópico tradicional ovidiano que se oculta bajo la impertinente curiosidad de Anselmo, protagonista de la novelita cervantina.



* * *



ABSTRACT: In this article the author analyzes three themes: 1) the classical sources used by Cervantes in order to develop the concept of friendship, 2) fragments akin to the narration of the rape of Lucretia, character recreated by Cervantes in Camila, and 3) the curiosity, an Ovidian topic, of Anselmo, main character of Cervantes' short novel. The author also highlights the references to Penelope, Portia and Lucretia

PALABRAS CLAVE: autores clásicos grecolatinos, Camila, Miguel de Cervantes, *Novela del curioso impertinente*, *Orlando furioso*, Penélope, *Quijote*.

RECEPCIÓN: 24 de marzo de 2007.

ACEPTACIÓN: 14 de mayo de 2007.







Reminiscencias de temas y autores clásicos grecolatinos en la “Novela del curioso impertinente” (*El Quijote*, I, 33-35)

Si las indagaciones no mienten (que por intereses suelen mentir muchas veces), fue don Diego Clemencín, erudito ministro de Fernando VII, quien primero mencionó en su edición del *Quijote* (1833-1839, 6 v.) la relación que la “Novela del curioso impertinente” mostraba con dos cuentos del “Canto 43” del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto.¹ Francisco Rodríguez Marín (edición del *Quijote*, 1911) amplió esta información que muchos han seguido. Otros, aparte de Ariosto, han encontrado más relaciones con obras y autores varios: quienes la relacionan con algunas historias del *Decamerón*, de Boccaccio; quienes, con un cuento del *Crotalón*, supuestamente de Cristóbal Villalón; y quienes más con la “historia de dos amigos”, que el mismo Cervantes cuenta en el libro primero de su *Galatea*.²

Si me refiero a la primera y, para mí, más importante relación (la que la “Novela del curioso impertinente” de Cervantes presenta con el dicho canto del *Orlando furioso*), debo establecer que esta novelita va más allá del “Canto 43” de Ariosto. En efecto, los relatos de ambos escritores tienen contacto en un punto clave: la curiosidad. Ésta es medular en el autor del *Quijote* y gravita de tal manera en la esencia de todo el relato que sirve ya para felicidad o ya para amarga desdicha de los

¹ Cf. Helena Percas de Ponseti, *Cervantes y su concepto del arte*, Madrid, Gredos (Bibl. Románica Hispánica: Est. y Ensayos, 217), 1 v. en 2 t., I, 1975, p. 194.

² Ibid., I, pp. 194-202.



personajes; mientras que en los dos relatos de Ariosto es sólo tangencial e inoperante. En el primero (la prueba de beber en una copa) hay curiosidad por saber si la esposa es infiel. Como al dueño de la copa la prueba le resulta bien, la maga Melisa lo convence de que se aleje un tiempo de su esposa y le dice: “Yo te haré conocer la verdad por otros medios”, que no es exactamente la curiosidad, sino la avaricia. En el segundo, la curiosidad llevó al juez Anselmo a consultar a un adivino, quien “le comunicó que su esposa tardaría en deshonorarle el tiempo que él tardara en atravesar el umbral de su puerta, y que su traición no se debería a su belleza ni a la súplica de su amante, sino a un vil interés”.

Ese vil interés (la avaricia), es aquí el móvil central que Ariosto va a demostrar en sus dos relatos, bien lejos de la impertinente curiosidad, ya que al comienzo de su canto 43, todavía sin entrar en la narración de los cuentos, lanza este severo apóstrofe:

¡Oh execrable avaricia! ¡Oh apetito desmesurado de riquezas [pues] hombres [muy sobresalientes en sus estudios o en su valor] heridos por tu mortífero veneno, no acarician más idea que la de acumular riquezas y en ellas cifran todo su empeño, toda su salud y su única esperanza [a la avaricia no escapan tampoco algunas bellas y nobles mujeres]. Y ¿qué diré de algunas hermosas damas de noble estirpe, a las que veo mostrarse duras, impasibles y constantes, más firmes que columnas ante la gentileza, la fidelidad y la constante solicitud de sus amantes? Que llega un día en que la avaricia produce en ella[s] tal mudanza, que no parece sino que las haya encantado súbitamente y sin amor —¿quién podría creerlo?— las ofrece como presa a un viejo, un deforme, un monstruo.³

³ Ludovico Ariosto, *Orlando furioso*, ed. preparada por Ma. Desamparados Cabanes Pecourt, traducción de Ana Olmos Puig, Madrid, Editora Nacional (Clásicos para una Bibl. Contemporánea, 42), 1984, principalmente las pp. 716-717, 720-722 y 731-736.



Leídos los dos cuentos del mencionado “Canto 43”, el lector llega a concluir que ni la mujer es más ni el hombre menos proclive a la avaricia, ya que Ariosto, entre burlas y socarromería, demuestra que, dadas las circunstancias, son igualmente proclives. La prueba se halla en el segundo cuento, pues, si Argía, esposa de Anselmo, sucumbió a la inmensa fortuna que Adonio le ofreció (producida por su perrillo) como precio de su honra, el desdichado y celoso jurista Anselmo, buscándola para asesinarla, sucumbe, vuelto homosexual, a las riquezas del palacio ofrecido por el negro etíope que lo guardaba, donde ahora moraba su esposa.

Ciertamente son indudables los contactos ocasionales de la “Novela del curioso impertinente” con el “Canto 43” del *Orlando furioso*. Incluso se observa que aun Cervantes utilizó el mismo nombre de Anselmo, que Ariosto usó en el segundo cuento del “Canto 43”, y que menciona expresamente, por referencia, a Ariosto (“nuestro poeta”) y, por nombre, a su paladín Reinaldo.

El texto de Cervantes dice (habla Lotario a Anselmo):

Así que no excusarás con el secreto tu dolor; antes tendrás que llorar continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor [Anselmo] que nuestro poeta [Ariosto] nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso, se excusó de hacerla el prudente Reinaldos.⁴

Para mí, a fin de cuentas, son más las diferencias que las semejanzas entre los textos de ambos autores, puesto que pienso que la “Novela del curioso impertinente” va más allá de lo que expresa el “Canto 43” del *Orlando furioso*, porque

⁴ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, [Madrid] Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, 2005 (8ª reimpr., edición del IV Centenario), p. 335. En adelante las citas del *Quijote* serán de las páginas de esta edición.



Cervantes, a más distancia temporal de Ariosto, ve el Humanismo de un modo menos profano y lo desarrolla en función de las necesidades (o necedades) vitales del hombre protagonista de su relato.

Educado en la lectura de los clásicos grecolatinos, el autor del *Quijote* hace que quienes escucharan a Leonela, comparen imaginariamente a su ama Camila con Penélope. Escribe Cervantes:

¡Ay, desdichada de mí si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad...!

Con otras cosas a éstas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y a su señora por otra nueva y perseguida Penélope.⁵

Procura también que la misma Camila, al volver por su honra, no parezca atrevida “tanto como aquella Lucrecia de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno y sin haber muerto primero a quien tuvo la causa de su desgracia”.⁶ A esta matrona se refirieron Tito Livio⁷ y Ovidio.⁸ Y no menos hace que Lotario, al salir de la casa de Anselmo, piense que éste tenía por esposa a una segunda Porcia. El texto cervantino dice:

Y con muestras de mucho dolor y sentimiento, se salió de casa, y cuando se vio solo y en parte donde nadie le veía... Consideraba cuán enterado había de quedar Anselmo de que tenía por mujer a una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar

⁵ Ibid., p. 359. Allí mismo la nota a Penélope dice: “Esposa de Ulises y símbolo clásico de la fidelidad, porque se resistió a los pretendientes que la acosaban”.

⁶ Ibid., *eod. loco*.

⁷ *Ab urbe condita*, I, LVII-LIX.

⁸ *Fastos*, II, 685-852.



los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse.⁹

Después de estas breves y casi superficiales pinceladas sobre autores y temas de cultura clásica, intentaré desplegar tres asuntos, donde Cervantes, basado en los clásicos grecolatinos, profundiza en conceptos, personajes y presupuestos tradicionales que ciertamente influyeron en la estructura de su “Novela del curioso impertinente”, expondré en primer lugar (I) de qué fuentes clásicas parte su concepto de amistad; en seguida (II), algunos pasajes que parecen tomados del entorno narrativo en que se gesta y culmina la violación de Lucrecia, para destacar la comparación consciente que traza Cervantes de la imagen de Camila con la bella y recatada de Lucrecia, y finalmente (III) señalaré qué tópico tradicional o tesis se oculta bajo la impertinente curiosidad de Anselmo.¹⁰

I

La amistad, según Cicerón, no puede existir sino entre los buenos, y los buenos no forzosamente tienen que ser sabios. Los buenos poseen cualidades y carecen de defectos, ya que siguen a la naturaleza como la mejor guía del bien vivir. Por tanto, la amistad es el mutuo asentimiento, con abnegación y cariño, en todas las cosas divinas y humanas. Amistad que, exceptuada la sabiduría, nada mejor los dioses inmortales concedieron al hombre. Consecuentemente, el mayor bien humano es la bondad, la cual engendra y mantiene la amistad, pues sin

⁹ Cervantes, op. cit., pp. 363-364. Allí mismo la nota a Porcia dice: “Que se hirió para demostrarle a su marido, Marco Bruto, que podía resistir el dolor, y se suicidó cuando supo que él había muerto en la batalla de Filipos”.

¹⁰ Para todos los pasajes y textos clásicos latinos citados (si es el caso) resumo, traduzco o interpreto, bajo mi propia responsabilidad, lo que juzgo conveniente, sin tener que recurrir a ideas, traducciones o interpretaciones ajenas.

bondad jamás puede existir la amistad. De allí que a Cicerón le resulta difícil concebir a un hombre sin amistad y, cuando se apoya en la célebre frase de Enio: *vita vitalis* (vida digna de vivirse), cae rotundamente en el sentimiento humano. Y pregunta. ¿Cómo puede ser digna de vivirse una vida que no descansa en la mutua abnegación de un amigo? Y afirma. Quien contempla a un verdadero amigo, contempla casi un retrato de sí mismo. Con el amigo (dice) se comparten fortunas e infortunios, alegrías y tristezas, triunfos y fracasos, por eso la verdadera y perfecta amistad no es ni inoportuna ni perjudicial, como fue la de aquellos pocos que son mencionados por su nombre. Así, vienen desde los griegos las parejas de Aquiles y Patroclo y, en no menor grado, de Orestes y Pílates, esta última tratada por Eurípides en su tragedia *Ifigenia en Táuride*, la cual posiblemente Pacuvio tradujo al latín con el nombre *Dulorestes* (Orestes esclavo) para representarla en Roma. Hubo en ella una escena que, fue grandemente alabada y aplaudida: era donde el rey Toante preguntaba quién era Orestes para sacrificarlo; mas uno y otro (Pílates y Orestes) se obstinaban en llamarse Orestes,¹¹ La referencia ciceroniana dice:

Si alguna vez se representó en los teatros el deber de afrontar y compartir los peligros de un amigo, ¿quién hay que no lo ensalce con las mayores alabanzas? ¿Qué de aclamaciones hubo hace poco en el teatro entero para el nuevo drama de mi huésped y amigo Marco Pacuvio, cuando, sin saber el rey cuál de los dos era Orestes, Pílates decía que él era Orestes para ser muerto en vez de aquél; pero Orestes persistía en decir (tal como era) que él era Orestes! Puestos de pie los espectadores aplaudían una amistad representada, ¿qué pensamos que harían para una real y verdadera?¹²

En Eurípides esto no resulta tan dramático, ya que Ifigenia, sin saber quién era quién, ha escogido a Orestes para que lleve

¹¹ Marco Tulio Cicerón, *Laelius* [uel] *De amicitia*, V-VII, 17-23.

¹² Ibid., VII, 24.



una carta a sus parientes en Argos y quedará Pílates para ser sacrificado a Artemisa. Orestes en desacuerdo con tal decisión, y teniendo en gran aprecio la amistad, dice:

que éste sea sacrificado es para mí grave carga. Soy yo quien transporta el peso de la desgracia; él es mi compañero de viaje para aliviar mis trabajos. No sería justo que cargara tu agradecimiento a cuenta de su muerte y que yo mismo me librara del mal. Conque se hará así: entrégale a él la carta —la hará llegar a Argos de forma que todo te resulte bien— y a mí que me mate quien quiera. Lo más indigno es salvarse uno mismo luego de poner a los amigos en situación desgraciada. Resulta que éste es un amigo a quien deseo que viva antes que yo mismo.¹³

También Ovidio, que sin duda leyó a Eurípides, recuerda estos hechos en una carta enviada a Cota Máximo, donde Ifigenia dice a Orestes y a Pílates:

Yo no soy cruel, jóvenes...
Tal rito es de esta nación. Mas ¿De qué ciudad vienen ustedes?
... y, oído el nombre de la patria de éstos, la joven piadosa
encuentra que su misma ciudad natal habitan.
Que uno de vosotros, cual litúrgica ofrenda, sucumba;
mensajero el otro vaya a paternas casas.
Pílates, presto a morir, manda a su amado Orestes marcharse.
Niégase éste, y a turnos ambos morir pretenden.
Fue sólo en esto, donde ellos no estuvieron de acuerdo:
fueron en lo demás concordes y sin pleito.¹⁴

Era tan proverbial este ejemplo de amistad entre Orestes y Pílates, que Ovidio en sus obras escritas en el destierro lo recuerda aquí y allá en las cartas que envía a sus amigos. Una de ellas dice:

¹³ Eur., *IT*, vv. 598-608. Traducción de J. L. Calvo Martínez, en Eurípides, *Tragedias*, t. II, Madrid, Gredos, 1978, p. 374.

¹⁴ Ovidio, *Epístolas desde el Ponto*, III, II, 77-88.



[A la Táuride]

donde habían llegado Orestes (incierto si puro
o culpable, después que él mismo extinguió sus Furias)
y su compañero Pílates, ejemplo del amor verdadero,
quienes dos en los cuerpos, uno en las almas eran.¹⁵

El verso 71: *et comes exemplum ueri Phoceus amoris*, ya lo había escrito antes¹⁶ con la modificación, en las dos primeras palabras, *ut foret*; en vez de *et comes*.

Así, pues, el concepto de amistad expresado por Cicerón y ejemplificado por la pareja de Orestes y Pílates se reproduce completo en la “Novela del curioso impertinente” con la pareja de Anselmo y Lotario. Ambos son jóvenes buenos, tan buenos que cada uno contempla en el otro la imagen de sí. Igual lo había expresado Cicerón: “Quien contempla a un verdadero amigo, contempla casi un retrato de sí mismo”.¹⁷ Cervantes así los describe:

Eran... de una misma edad y de unas mismas costumbres... causa a que los dos con recíproca amistad se correspondiesen... el Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir a los de Anselmo; y de esta manera andaban tan a una sus voluntades que no había concertado reloj que así lo anduviese. [Y tan amigos] que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocían los dos amigos eran llamados.¹⁸

Lotario como buen hombre y mejor amigo siempre velaba por el bien común de ambos y en cuanto Anselmo se casó con Ca-

¹⁵ Id., *Tristes*, IV, IV, 69-72.

¹⁶ Ibid., I, V, 21: *ut foret exemplum ueri Phoceus amoris* (que Pílates fuera ejemplo del amor verdadero).

¹⁷ *De amicitia*, VII, 23: *Verum enim amicum qui intuetur, tamquam exemplar aliquod intuetur sui*.

¹⁸ Cervantes, op. cit., p. 327.



mila decidió ya no visitar la casa de aquél, “porque... la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada”... [Cicerón había dicho que “no es ni inoportuna ni perjudicial”];¹⁹ pero Anselmo no lo consintió, porque sin duda llevaba en su mente el plan de una prueba que Lotario debería realizar. Un día que paseaban fuera de la ciudad le propuso que solicitara el amor de Camila, para que ésta aquilatara más sus virtudes o dejara de ser lo buena, lo honesta y lo virtuosa que acaso era por falta de oportunidades, o porque no fuera solicitada, y le dijo:

Así que la que es buena por temor o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento... quiero... que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar a una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada.²⁰

Razones y válidos argumentos hubo de un lado y otro; pero Lotario como buen y verdadero amigo no logró convencer a Anselmo de su locura. Por razón más valedera y dispuesto por amistad hasta perder la de Anselmo, le dijo:

Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mí está claro... De que quieres que te la quite a ti no hay duda... advierte que lo que aventuras ganar es poco, y lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta a moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu

¹⁹ Ibid., p. 328. *De amicitia*, VI, 22: *numquam intempestiva, numquam molesta est*.

²⁰ Ibid., pp. 330-332.



deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo.²¹

Nada, nada se conseguía porque desde antes en su interior Anselmo estaba en un estado obsesivo y enfermizo (decía):

Pues con... todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo... has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores... Así que es menester usar de algún artificio para que yo sane, y esto se podía hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente a solicitar a Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que a los primeros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento y tú habrás cumplido con lo que debes a nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado a hacer esto por una razón sola, y es que estando yo, como estoy determinado de poner en plática esta prueba no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino a otra persona, con que pondría en aventura el honor que tú procuras que no pierda...²²

Y así por buena amistad perdió Lotario, pues, comenzada la prueba, ésta ya no pudo pararse, consumándose la traición de ambos (la esposa y el amigo).

II

En el entorno narrativo en que se gesta y culmina la violación de Lucrecia, hay varios puntos de contacto por los cuales puede pensarse que Cervantes en su “Novela del curioso impertinente” rememora la lectura que acaso hizo del día 24 de

²¹ Ibid., pp. 338-339.

²² Ibid., pp. 330 y 340.



febrero de los *Fastos* de Ovidio, donde éste cuenta la huída y expulsión de Tarquinio el Soberbio, último rey etrusco de Roma, por la violación y suicidio de Lucrecia, hechos causados por Tarquinio el joven, primo del marido de la honesta y bella matrona.

La prueba a la que Anselmo someterá a Camila es muy parecida a la que Ovidio narra en los *Fastos*. Anselmo en la “Novela del curioso impertinente” exclama:

Te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro.²³

Asimismo los *Fastos* cuentan que los hijos del rey y parientes cercanos, mientras sitian a Ardea, discuten si sus esposas, estando ellos fuera de la ciudad, cumplen sus deberes conyugales y se acuerdan de ellos, y el marido de Lucrecia, para acabar la discusión y que todos terminen de elogiar las virtudes de sus esposas, propone que vayan de improviso a Roma y vean lo que éstas hacen. Y encuentran que ellas “con deshechas coronas al cuello, sirviéndose vino, se desvelan”,²⁴ situación muy próxima (aparte de la prueba) a lo que Lotario aconsejaba a Anselmo, que el casado cuidara de los amigos que llevaba a su casa “como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas ni en los templos ni en las fiestas públicas, ni estaciones... se concierta y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien más satisfacción se tiene”.²⁵

Visto lo que acontecía en Roma con las nueras del rey, la comitiva se dirige a Colacia para ver qué pasaba con Lucrecia.

²³ Ibid., p. 332.

²⁴ Ovidio, *Fastos*, II, 725-740.

²⁵ Cervantes, op. cit., p. 329.



Los *Fastos* nos dicen que la encuentran tejiendo en medio de sus criadas. Tan notables diferencias permiten que el joven Tarquinio se enamore de todo cuanto de honesto despide la figura de Lucrecia, y que vuelto al campamento sólo maquine violarla, pues de tal modo le habían fascinado “su belleza, su níveo color, sus rubios cabellos, la gracia que tenía, sus palabras, su voz: todo cuanto corromper no era posible”, que su mente no cesaba de evocarla: “Sentóse así, fue así ataviada, tejió así los estambres, / así cayó en su cuello la suelta cabellera. / Tuvo estas miradas, tuvo aquélla estas palabras, / tal color, tal faz, tal gracia de boca había”.²⁶ De igual manera, en la “Novela del curioso impertinente” Lotario, puesto, (donde Anselmo deseaba) con la hermosura de Camila delante²⁷ y ocurriendo a diario a comer en su compañía, se quedaba absorto ante ella:

Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponía freno a la lengua de Lotario.

Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes a enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne.²⁸

Y las situaciones parecidas entre el relato de Ovidio en los *Fastos* y el de Cervantes en la “Novela del curioso impertinente”, continúan. Exponen los *Fastos* que después de que el joven Tarquinio ha decidido violar a Lucrecia, sale del campa-

²⁶ Ovidio, *Fastos*, II, 741-745 y 761-774.

²⁷ Cervantes, op. cit., p. 342 dice de Camila “que pudiera vencer con sólo su hermosura a un escuadrón de caballeros armados...”, como la *Biblia* dijo de Judith (*Jd.*, 10, 19): “Todos se maravillaban de su belleza... tales mujeres... serían capaces de seducir a toda la tierra”.

²⁸ *Ibid.*, p. 346.



mento y llega a Colacia, donde con gusto es recibido por Lucrecia, que sabía del parentesco del joven Tarquinio con su esposo.²⁹ También la “Novela del curioso impertinente” expresa que Lotario, a ruegos de su amigo, volvió a entrar y salir de la casa de los recién casados, pues Anselmo le aseguraba “que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivaza”. Mas cuando Anselmo partió de la ciudad, “vino a su casa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento...”³⁰

Finalmente Lotario, apretando el cerco a Camila “minó la roca de su entereza... Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió... con tantos sentimientos... que dio al través con el recato de Camila y vino a triunfar...”³¹ Lo mismo pasó con Lucrecia, pero a la inversa, ya que Tarquinio no triunfó a la buena, sino con fuerza y amenazas: “Insta el amante enemigo con ruegos, con don y amenazas; / mas ni a ruegos, ni a don, ni a amenazas la convence”.³²

III

El tópico tradicional que corre bajo la impertinente curiosidad de Anselmo es ciertamente aquél señalado por Ovidio en sus *Amores*: *casta est, quam nemo rogavit (es casta aquella a quien nadie ha rogado, es decir, “solicitado”)*,³³ y que Cervantes desprende de la apreciación generalizada de que la mujer es *animal imperfecto*. Apreciaciones semejantes apare-

²⁹ *Fastos*, II, 779-788.

³⁰ Cervantes, op. cit., pp. 328 y 345.

³¹ *Ibid.*, p. 348.

³² *Fastos*, II, 805-806.

³³ *Amores*, I, VIII, 43.

cen en algunas frases de su propia novelita, de su propio *Don Quijote* y de su propia producción.³⁴ Según Francisco Rodríguez Marín (citado en la misma nota anterior de Percas de Ponseti), “tampoco es Cervantes único en esta apreciación de la mujer como *animal imperfecto* sino que se la ha venido calificando así desde Aristóteles”. Entre muchos más, también Tomás de Aquino (siglo XIII), secuaz del filósofo griego, diría con otras palabras casi lo mismo: que la mujer “es una deficiencia de la Naturaleza”.³⁵

Ahora bien, el tópico ovidiano sobre la castidad de la mujer, que muy posiblemente emane de esos conceptos aristotélicos (aparte de contar con su propia experiencia personal de poeta), se amplía y se restringe en los mismos *Amores* hasta llegar a concentrarse en que belleza y castidad nunca se encuentran juntas en una misma persona. Se amplía y generaliza, cuando Ovidio, deseando entrar a la casa de su nueva amante, aconseja al portero Bagoos que no sea tonto y que no cuide tan fielmente a su dueña; pero de inmediato recapacita en que también es tonto el marido *de facto* de su amante, y dice:

¡Ay!, tonto es aun su marido. ¿Por qué, pues, se afana en cuidarla,
si de ella nada pierde, aunque no la guarde?
En fin que ese demente para su amor imponga un capricho,
y juzgue que es casta la que es agradable a muchos.³⁶

La generalización se produce porque Ovidio, de manera impersonal y sin aplicar a nadie el concepto, dice: *et castum*,

³⁴ Cf. Percas de Ponseti, op. cit., p. 210, en cuya nota 37 cita varios ejemplos análogos a dicho concepto generalizado.

³⁵ Cf. Aurelio González, “De amor y matrimonio en la Europa medieval. Aproximaciones al amor cortés”, en Concepción Company (ed.), *Amor y cultura en la Edad Media*, Mexico, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991, p. 30.

³⁶ *Amores*, II, II, 11-14: *uir quoque non sapiens. quid enim seruare labore, / unde nihil, quamuis non tueare, perit? / sed gerat ille suo morem furiosus amori, / et castum, multis quod placet, esse putet.*

multis quod placet, esse putet (y juzgue que es casto lo que es agradable a muchos); en vez de haber dicho *et castam... quae*, pues con ello acaso quería que la referencia pudiera aplicarse no sólo a la mujer, sino a cualquier objeto bello, puesto que su belleza integral se ve manchada y corrompida por los deseos de posesión y disfrute de cuantos lo vean (o la vean), de donde puede concluirse que belleza y castidad en el mundo real y humano casi nunca van de la mano. Tal como de forma más clara lo expresará posteriormente Juvenal: *rara est adeo concordia formae / atque pudicitiae* (muy raro es que [en alguno / a] concuerden belleza y castidad).³⁷ Por tanto, cuando Ovidio amplía y generaliza el concepto de castidad, se percata de que la belleza femenina puede mancharse y corromperse desde fuera por los deseos malsanos de quienes, al verla, intentan, por algún medio, posesionarse de ella; y así, fiados en que quien la ostenta es un ser débil e imperfecto, la derrumban a ruegos.

Empero Ovidio, no contento con eso, va más allá y piensa que, si la castidad por causa de la belleza, se mancilla y corrompe desde fuera, la que posee la belleza, puede vanidosamente (por sentirse buscada y asediada) corromperla desde dentro. Ovidio, al pensar así, llega a plantear en su beneficio (y dialécticamente trata de convencer al rival de que no hay bella casta), una moral interna del tipo noveno mandamiento judío-cristiano: “No desearás la mujer [u hombre] de tu prójimo”, y lleva hasta el último extremo su segura fe en la debilidad e imperfección femenina, pues expone que, aunque la mujer sea exteriormente casta, interior o mentalmente no lo será, debido a su deficiente entereza, y a su astucia y sagacidad.

En este aspecto no sólo son claros, sino demoledores, los siguientes ocho versos de los *Amores*:

Marido cruel, poniendo un guardián a tu amante amorosa,
no ganas nada: protege a cada cual su ingenio.

³⁷ X, 297-298.



Si alguna, perdiendo el miedo, es casta; ésa entonces es casta;
mas quien, porque no puede, no peca; ya ésa peca.
Y aunque hoy bien guardaras su cuerpo; nunca su adúltera mente: s
la mente, si no quiere no puede custodiarse.
Ni aun puedes guardar su cuerpo, pues aunque todo clausures
y todos queden fuera, dentro estará un adúltero.³⁸

Grandemente son demolidores, porque Ferruccio Bertini, editor y traductor de los *Amores*, anota que los versos 3-6 son máximas de sabor estoico, por el hecho de que Séneca (*De benef.*, IV, 14, 1) con algunas variantes cita el verso 4 y lo comenta así:

*Non dicam pudicam, quae amatorem ut incenderet reppulit, quae aut legem aut uirum timuit; ut ait Ovidius: “quae, quia non licuit, non dedit, illa dedit”. Non immerito in numero peccantium refertur, quae pudicitiam timori praestitit, non sibi.*³⁹

No llamaré casta a aquella que rechazó a su amante para excitarlo, ni a aquella que tuvo miedo a la ley o al marido; porque, como dice Ovidio, “aquella que, porque no pudo, no se entregó, ya se entregó”. No sin razón es puesta en el número de las que pecan aquella que por temor, no por convicción, preservó su castidad.

Así pues, el comentario de Séneca viene a ser muy pertinente porque explica a qué miedo se refiere Ovidio en el verso 3 (*siqua dempto metu casta est*), que no es otro que el miedo o a la ley o al marido. Además Séneca está completamente de acuerdo con la moral interna pensada por Ovidio, pues aclara,

³⁸ III, IV, 1-8: *Dure uir, imposito tenerae custode puellae / nil agis: ingenio est quaeque tuenda suo. / siqua metu dempto casta est, ea denique casta est; / quae, quia non liceat, non facit, illa facit. / ut iam seruatis bene corpus, adultera mens est, / nec custodiri, ni uelit, illa potest. / nec corpus seruare potes, licet omnia claudas; / omnibus exclusis intus adulter erit.*

³⁹ *Amori*, edición y traducción de Ferruccio Bertini, Milano, Garzanti Editore, 1983, p. 230.

aun para el aspecto de traducción a los *Amores*, que “aquella que, porque no pudo, no se entregó, ya se entregó” y “no sin razón es puesta en el número de las que pecan aquella que, por temor, no por convicción, preservó su castidad”.

Finalmente, razón tendrá Ovidio, más adelante de estos versos, al reclamar al amante celoso: “si nomás te gustaba casta ¿por qué la escogiste hermosa, / cuando ambos dones nunca pueden hallarse juntos?”⁴⁰ Y con ello restringe y cierra el círculo de su pensamiento, que partió del tópico absoluto, y para él seguro, de que: *casta est quam nemo rogauit*, el cual después redondeó con ese dístico diabólicamente destructor de apariencias y proclamante del valor interno: *siqua metu dempto casta est, ea denique casta est; / quae, quia non liceat, non facit, illa facit*, que tan bien ha comentado Séneca, y que es exactamente lo que Cervantes a través de la impertinencia de Anselmo quiso humanamente probar. Dice Anselmo:

... te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mí, ¡oh amigo!, que no es una mujer más buena de cuanto es o [si] no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla a las promesas, a las dádivas, a las lágrimas y a las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer —decía él— que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento.⁴¹

⁴⁰ III, IV, 40-41: *quo tibi formosam, si non nisi casta placebat? / non possunt ullis ista coire modis*.

⁴¹ Cervantes, op. cit., p. 331.



Por su parte Camila, “doncella principal y hermosa”,⁴² libre del miedo al marido ausente y a la ley (religión) por las pláticas y consejos de su criada Leonela, y al fin rogada (solicitada) sinceramente por Lotario, ya enamorado, dejó de ser buena y casta. Cumpliósse así en ella el aserto (cierto o no) de que belleza y castidad nunca se juntan y confirma, además, que Cervantes fue un buen lector de los clásicos grecolatinos.



⁴² Ibid., p. 328.

